

Alan Parks

CUALQUIERA PUEDE MORIR EN JUNIO

SERIE
HARRY
McCOY



colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ALAN PARKS
CUALQUIERA PUEDE MORIR EN JUNIO

Traducido por Juan Trejo

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *To Die in June*

1.^a edición: mayo de 2025

© Alan Parks, 2023

Publicado por acuerdo con The Foreign Office Agència Literària, S.L., y Blake Friedmann

Literary Agency Ltd

© de la traducción: Juan Trejo Álvarez, 2025

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-627-2

Depósito legal: B. 6.891-2025

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



McCoy salió de la comisaría cuando caía la noche. Cargaba con dos cajas llenas de cosas que suponía que necesitaría en el nuevo destino, así como con una bolsa de Agnews con cuatro latas de cerveza y una botella de whisky. Llegó hasta la recepción sin que se le cayera nada, justo en el momento en que el sargento de guardia colgó el teléfono y le tendió una nota.

—Tengo las manos ocupadas, Ross. ¿Qué dice?

—Una solicitud del agente Watson para que acudas a la escena de un crimen. Ha dicho que te pillaba camino de casa —dijo—. Más o menos.

McCoy suspiró, dejó las cajas sobre el escritorio y leyó la nota. No le pillaba de paso.

—Vivo en Partick, Ross, no en el maldito Calton.

Ross se encogió de hombros y retomó la lectura del periódico.

—¿No hay nadie más aquí?

No obtuvo respuesta.

McCoy maldijo, recogió las cajas y se dirigió a su coche.

Era una de esas noches de verano perfectas que no se dan muy a menudo en Glasgow. Todavía hacía algo de calor, el cielo empezaba a teñirse de rosa. Las calles estaban llenas de niños quemados por el sol y parejas que regresaban a casa agarradas de la mano. Incluso los borrachos que se reunían en la parte de atrás de la estación de autobuses de la calle Buchanan parecían felices. Con camisetas sin mangas, la cara roja por haber estado tumbados todo el día en el parque compartiendo una botella de alcohol.

—Me has pillado por los pelos. Estaba a punto de largarme —dijo McCoy al salir del coche—. Cinco minutos más tarde y no habría visto tu mensaje.

—Entonces me alegro de haberlo hecho —dijo Wattie—. Supuse que esto te interesaría.

—Me da a mí que querías un poco de compañía —comentó McCoy—. ¿No te parece que aquí ya hay bastante gente?

Señaló con la cabeza hacia la multitud que se congregaba al otro lado de la calle. Cuatro o cinco agentes de uniforme estaban desenrollando una cinta para acordonar la zona, dos enfermeros desplegaban una camilla, el fotógrafo de la policía, bajo una capa negra, colocaba una nueva película en su cámara. Todos reunidos en torno a algo que yacía en el suelo. Algo que McCoy sabía que tenía que ser un cadáver.

Estaban en una plaza embarrada llena de basura, restos de mampostería y botellas rotas. El espacio entre dos edificios a la espera de ser demolidos. Aunque se encontraba a apenas cinco minutos de distancia de la bulliciosa calle Argyle, resultaba difícil sospecharlo siquiera; en los alrededores del descampado no había nadie, un remanso de paz en el corazón de la ciudad. El lugar ideal para aquellos que no querían ser vistos.

—Mi intención es acabar con este asunto antes de que anochezca —dijo Wattie—. Nos ahorrará tener que traer las luces y todo eso.

McCoy alzó la vista al cielo. El sol ya estaba bajo y los edificios proyectaban largas sombras.

—Será mejor que nos demos prisa. Me has obligado a venir aquí, ¿vas a decirme qué está pasando?

—Haré algo mejor que eso —respondió Wattie—. Te lo voy a enseñar.

Echaron a andar hacia el otro extremo del descampado.

Wattie señaló con la mano hacia el frente.

—Dos chicos que tomaron un atajo por aquí vieron lo que creyeron que era un montón de ropa. Cuando se acercaron, resultó que era el cadáver de un hombre. Corrieron a esa cabina de teléfono y llamaron.

—Alucinante —dijo McCoy.

—Lo sé —admitió Wattie—. Esa clase de cabroncetes habitualmente se dan el piro.

—No me refiero a eso. Lo alucinante es que una cabina telefónica en Glasgow funcione. Será la primera vez. Asegúrate de que quede constancia en tu informe.

—¿Te has quedado a gusto, inspector Listillo?

McCoy asintió.

—¿Qué le ha pasado?

—Por lo que parece, se trata de una muerte natural, no hay señales de otra cosa. Por su aspecto, se quedó dormido al raso.

Se acercaron un poco más y Wattie les dijo a los agentes que se apartaran un momento. McCoy se armó de valor y se aproximó al cadáver. Supuso que no habría sangre y que no le impresionaría.

Los chicos que lo encontraron tenían razón: parecía más un montón de ropa que otra cosa. Pero no lo era. Se trataba de un hombre vestido con un sucio traje azul, camisa blanca, a la que le faltaban casi todos los botones, chaleco, uno de los zapatos negros tirado en el suelo y el otro todavía en el pie, aunque sin calcetín. Tenía la cabeza arqueada hacia atrás, los ojos muy abiertos miraban hacia el cielo, restos de bilis verdosa alrededor de la boca. Debía de tener unos sesenta años, la cara arrugada y una cicatriz en la frente. Cabía la posibilidad de que fuese diez años más joven, era difícil saberlo. Vivir en la calle pasaba factura.

—¿Te suena? —preguntó Wattie.

—¿Acaso crees que conozco a todos los malditos vagabundos de Glasgow?

—No. Pero pensé...

—Es Jamie MacLeod, Jamie de Govan —dijo McCoy—. Lleva en la calle desde que tengo memoria. Alguna vez lo vi con mi padre. Era un bebedor empedernido, lo arrestaron varias veces por ebriedad y alteración del orden. Yo mismo lo detuve en una ocasión cuando hacía la ronda.

Dejó de hablar. Apreció una considerable sonrisa en la cara de Wattie.

—¿De qué te ríes?

—De nada —dijo Wattie.

McCoy señaló hacia un puñado de ceniza pisoteada a un par de metros de distancia.

—¿Dónde están sus amigos? Seguro que se reunieron aquí tres o cuatro para compartir una botella. Hicieron una pequeña fogata.

—No he visto a nadie. Debieron de largarse al verlo muerto.

McCoy sacó su paquete de cigarrillos y encendió uno. Miró a su alrededor.

—¿Sabes una cosa? Un día iré a un sitio como este y será mi padre el que esté ahí, tirado en el suelo.

—Eso es lo que yo llamo un pensamiento alegre —dijo Wattie—. ¿Lo has visto últimamente?

McCoy negó con la cabeza.

—Hace un par de meses lo vi desde el coche, en la calle Templeton. Llevaba una botella de vino en la mano y despotricaba contra alguien que no estaba presente. Me dio la impresión de que se había roto la nariz.

—Yo no me preocuparía demasiado. Tu padre es como una maldita cucaracha, haría falta una explosión nuclear para deshacerse de ese cabrón. Nos sobrevivirá a los dos.

—Es muy probable. ¿Dónde está Phyllis? —preguntó McCoy—. ¿Qué se cuenta?

—No gran cosa. Está en Ámsterdam visitando a su hermana. Vuelve mañana.

Wattie señaló a un joven de pelo rubio y traje de tweed que estaba junto a la ambulancia.

—Es su sustituto. Colin Nichol.

Debió de oír su nombre, porque no tardó en acercarse y tenderle la mano.

—Colin —se presentó—. Soy el forense suplente.

—McCoy —dijo McCoy estrechándole la mano—. Inspector.

—Y ese de ahí —dijo Wattie señalando el cadáver— es Jamie de Govan.

—¿Qué? —preguntó Nichol volviéndose hacia McCoy—. ¿Lo conocía? No me lo puedo creer. —Rebuscó en el bolsillo y le entregó a Wattie un billete de cinco libras.

McCoy reparó en el gesto.

—¿Wattie? ¿Me has traído aquí con la única intención de ganar un puto billete de cinco libras?

—No —respondió Wattie—. Yo no sería capaz de hacer algo así. Supuse que querrías ver lo que estaba pasando en nuestro territorio, eso es todo.

—Sí, cómo no —dijo McCoy—. Muy bien, ¿qué le ha pasado?

—¿Valoración provisional? —dijo Nichol.

McCoy suspiró. Esas eran las palabras preferidas de todo médico forense.

—Lo que has descubierto hasta el momento, no vamos a obligarte a más.

—Bien. Es viejo, como puede apreciarse. Calculo que tiene unos sesenta años. Con toda probabilidad, alcohólico. Las piernas y los pies hinchados, el tono amarillento de su piel y el hecho de que retuviese líquido en el abdomen lo dejan bastante claro. En cuanto a la causa de su muerte, no quiero parecer poco profesional, pero podría deberse a varias cosas: insuficiencia hepática, insuficiencia cardíaca, derrame cerebral... Elijan. En pocas palabras, su tiempo se había acabado. Bebiendo tanto y viviendo en la calle... A su edad, no es de extrañar que a uno le sobrevenga la muerte.

—Pero ¿fue por causa natural? —preguntó McCoy.

—Eso parece. Imagino que habrá visto casos similares con anterioridad.

Demasiados para contarlos siquiera.

—Pobre desgraciado —dijo Wattie—. Morir en un lugar como este... ¿Algún pariente cercano?

McCoy se encogió de hombros.

—Creo que llegó de Donegal hace años, enemistado con su familia. Trabajó durante un tiempo en los astilleros de Govan, antes de que la bebida pudiese con él. Es posible que Liam sepa algo. Conoce a la mayoría de estos tipos.

—¿Sabemos por dónde para Liam? —preguntó Wattie.

—Si no está bebiendo, andará por la ciudad. Aunque tal vez se encuentre en Blairgowrie, recogiendo frambuesas. Si está bebiendo, sabe Dios adónde habrá ido a parar.

—Redactaré el certificado de defunción esta noche —dijo Nichol—. Así me lo sacaré de encima.

—¿Causa de la muerte? —le preguntó McCoy.

—Infarto de miocardio —respondió Nichol—. Sea cual sea la causa, murió porque se le paró el corazón. Es lo que solemos poner en casos como este.

Se despidió y regresó junto al cadáver.

—¿Es bueno? —inquirió McCoy viéndole marchar.

—Ni idea —respondió Wattie—, pero es bastante simpático. Mañana se va a pasar tres meses a Aberdeen.

—Qué suerte tiene —dijo McCoy—. Aquí todo parece bastante sencillo. Acabarás en una media hora, más o menos.

—Eso espero —dijo Wattie.

—¿Todo listo para mañana?

Wattie asintió. Entonces recitó:

—Si alguien pregunta por qué estamos aquí, hemos sido trasladados temporalmente a la comisaría de Possil debido a la reestructuración por el cambio de la Policía Municipal de Glasgow a la Policía de Strathclyde.

—Buen chico. Sigue así.

—De entre todos los malditos lugares posibles, tenía que ser Possil. ¿Por qué allí? Es una pocilga dentro de otra pocilga más grande.

—Te encantará. Yo hacía allí las rondas cuando empecé. Me convirtió en quien soy hoy en día.

—Genial. Así que ahora yo también voy a convertirme en un cabrón que no deja de lloriquear ¿Cuándo fue eso? ¿Justo después de la guerra?

—Muy gracioso —dijo McCoy. Reflexionó un segundo—. Debí de ser en 1968, más o menos.

Las farolas titilaron y acabaron encendiéndose, el páramo se inundó de repente de una luz anaranjada. En cualquier caso,

logró que el escenario pareciera incluso un poco más triste. Nada de atardeceres indulgentes, tan solo el duro ardor del sodio iluminando a aquel hombre muerto tirado en el suelo.

Los de la ambulancia subieron el cuerpo a una camilla. McCoy dejó caer su cigarrillo y se colocó al lado.

—Un ataúd de cartón y una lápida sin nombre. Por la gracia de Dios.

—No te pongas sentimental conmigo —dijo Wattie—. Saben que vamos para allá, ¿verdad? Me refiero a los de Possil.

—No lo creo. Será una agradable sorpresa para ellos.

—¿Me explicarás alguna vez el motivo real de por qué vamos allí?

McCoy suspiró.

—¿De verdad quieres saberlo? Se supone que no tengo que contárselo a nadie.

Wattie asintió.

—Dame las cinco libras y te lo cuento.

Wattie rebuscó en su bolsillo y le entregó el billete.

McCoy empezó a hablar.

—Vamos a la comisaría de Possil porque nos han trasladado temporalmente debido a la reestructuración provocada por el cambio de la Policía Municipal de Glasgow a la Policía de Strathclyde.

—Eres un idiota de tomo y lomo, McCoy. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí —dijo McCoy—. Nos vemos mañana. Possil, allá vamos.